

QUAYOS

caeli — enarrant

FEDOR YANINE

Segunda Edición.

Kindle Edition (Spanish)

Año 2012.

Autor: Fedor Yanine

© *Fedor Yanine*

www.quayos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra (incluyendo su portada) puede ser reproducida, copiada, distribuida, transmitida o utilizada por sistemas de almacenaje y recuperación (por ningún medio, ya sea digital, óptico, electrónico, reprográfico, de grabación, fotocopia o informático) sin previa autorización escrita del autor. Todo el contenido aquí expuesto está sujeto a copyright.

QUAYOS

caeli enarrant
FEDOR YANINE

*A mis hijos, ambos sabios e impetuosos,
si acaso esto es posible*

PRÓLOGO

Me han dicho a lo largo del tiempo que lo que predico es imposible, algunos sacerdotes incluso me han tratado de charlatán, embustero y por supuesto hereje o gran ofensor de la Pirámide Sagrada, lo que hoy en día es lo mismo. No obstante, no les culpo. Incluso a la luz de mis antiguos y cansados ojos, su ignorancia es comprensible desde el punto de vista de su breve existencia. Singularidad que les condena a ser un pueblo sin pasado, sin historia, memoria ni tradiciones. Ciertamente, se han visto obligados por las injustas circunstancias, a crear y modificar su cultura sobre la marcha, innovando y corrigiendo la dirección desde el presente.

Es precisamente esta particular condición en la que se encuentran, la que me ocupa quizás ya por más ciclos¹ de los que debiera. Pero no son los únicos en este compás de espera, pues yo, al igual que ellos, también soy prisionero de este curioso remanso temporal que no parece tener inicio ni fin. Estoy atrapado, pero con la firme determinación de rescatar a la especie torciendo, de alguna manera, las fuerzas que la han enfrascado en su actual y equivocado destino.

Cada cierto número de ciclos y desde el borde mismo de la Colonia, doy un salto en el espacio-tiempo, siempre hacia el futuro. Junto a Rohn, mi incansable compañero semihumano, me entrego entonces a la tarea de estudiar a los nuevos individuos nacidos y crecidos en aquel lapso temporal. Una vez analizados, escogemos a quienes presenten las variables bio-psicométricas más apropiadas y, tras sincronizar sus energías psíquicas, los exponemos a expansión mental. Hasta ahora no hemos conseguido lo que buscamos, ninguno de los escasos escogidos ha podido asimilar y manipular la información y han tenido que ser reinsertados a su vida cotidiana, no sin antes, borrar los recuerdos del proceso.

Ha sido frustrante y poco esperanzador, pero hemos de persistir, mal que mal y a pesar de vivir en tal ignorancia, aún son humanos, y de entre ellos ha de surgir algún día mi sucesor, mi compañero, mi complemento; aquella verdadera <<anomalía estadística>> portadora de las capacidades necesarias como para ser entrenado y, si el destino lo permite, penetrar la <<zona oscura>>.

La Colonia... una verdadera isla de humanidad remanente, donde sus habitantes se encuentran en una situación en la que no les correspondería realmente estar. Ningún pueblo ha nacido previamente de la manera en la que los quayanos actuales lo han hecho. Tal ha sido su brusco despertar en el universo que constituyen el primer grupo de humanos en habitar la galaxia y comenzar, sin realmente saberlo, a repoblarla sobre los ocultos cimientos de la extinta civilización anterior.

Ah sí... la urgente necesidad de conservar la especie a como diera lugar justificó en su momento —y cuando ya todo se daba por perdido—, el crear este <<cultivo humanoide>> formado inicialmente por la afortunada clonación de genomas pertenecientes a los últimos sobrevivientes del holocausto galáctico. Por esos tiempos, de alguna manera y en contra de todo pronóstico, pudimos

formar un núcleo estable con la suficiente variabilidad genética como para sustentarse en el tiempo. Titánica tarea que me hubiese resultado imposible sin la ayuda de Rohn.

Con el paso de los ciclos se me ha conocido por diferentes nombres, pero el que más se ha quedado adherido a mi conciencia y a mi memoria ha sido el de *Aenergitus*, quizás por el afecto que aún siento por aquellos que lo pronunciaron en el pasado, o tal vez simplemente debido a que en aquellos tiempos aún se manejaban atisbos de esperanza que hacían posible mirar hacia el futuro con optimismo. Eran tiempos de aventura, conocimiento, planificación y esperanza. Sin embargo, algo falló, y a pesar de todo el esfuerzo, algunos ciclos más tarde del aparente triunfo, cuando parecía comenzar una época dorada para la galaxia, el holocausto sobrevino de todas maneras. Llegó rápido, feroz e inadvertido. Nunca he podido dilucidar con certeza lo que realmente ocurrió en aquel breve lapso de tiempo, y hoy, una gran sombra en el espacio-tiempo oculta los hechos. Es una zona oscura, muerta y que, a pesar de haber visitado en múltiples ocasiones, no he podido traspasar ni descifrar. No tardé demasiado en descubrir que se trataba de una zona vedada a mis ojos y entendimiento.

En ocasiones concluyo que es así como debe ser, que no se supone que tenga acceso a las causas, que es parte de un plan superior. No obstante, en otras oportunidades, tan sólo me invaden la angustia y la esquivia impotencia, que no se dejan capturar ni doblegar.

Es desde entonces que he deambulado por este semidesértico planeta, escudriñando la Colonia en busca del esperado contacto, el hallazgo de ese intelecto superior que ha de llegar, que debe llegar y que aún esperamos. Mi esperanza yace confinada sólo en el invariable reducto de mis pensamientos, mi soledad es casi absoluta, deambulo cual espectro inmortal, único representante de la antigua raza, extraviado en busca de una oportunidad estadística casi imposible... mi tiempo de vida se acaba y con él, el de la humanidad toda.

En los tiempos que corren, en el Quayos actual, los grandes líderes y sacerdotes de la Pirámide Sagrada, ignorantes del pasado, se encuentran sumidos en una asfixiante religión, como tantas otras han existido en la extensa historia de la humanidad.

En lo que a mí respecta, no me ha sido posible seguirles la corriente ni convivir entre ellos. Es por esto que he establecido una base en las afueras del poblado desde dónde les observo y visito con propósitos de estudio. Y a pesar de que en ocasiones se me ha visto lucir la túnica gris, ha sido sólo en memoria de mis orígenes como orgulloso y probablemente único representante de mi ya extinto credo y no en representación simbólica de la Pirámide Sagrada. No es posible, conociendo lo que yo conozco y recordando lo que yo recuerdo, creer en símbolos. No creo en ninguno que no sea la fe en la especie humana y su equilibrada relación con el cosmos y, a través de éste, con su creador.

Sí, tengo creencias... pero las mías están basadas en una ecléctica argamasa de hechos históricos, experiencias personales y conclusiones evidentes de estas últimas. Equivocado o no, son mías y si algo tienen en común con las de los sacerdotes de la actualidad, es que no están sujetas a ser transadas.

A veces, cuando anochece, observo perplejo el profundo jirón de universo que se cierne sobre mí. Le miro directo hasta que sus tenues y confiables estrellas parecieran, por algunos momentos, mostrarme el camino a seguir.

QUAYOS, NGCM13B-21² - VÍA LÁCTEA
AÑO 8107 d.C.

—¿Está todo preparado, Rohn?

—Sí lo está, Aenergitus. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Criospheros... será un salto en el espacio, sin cambios en el tiempo por ahora.

—¿Criospheros? Tenía entendido que la posibilidad de encontrar humanos en aquel planeta congelado había sido declarada nula, según nuestros últimos estudios.

—Así es, sin embargo, dado que se encuentra cercano al centro galáctico, es un buen lugar para detectar vida. Meditaré e intentaré leer las energías vitales de varios conglomerados solares a su alrededor.

—Aún no se rinde, señor, lo comprendo.

—Ah, Rohn, ¿te imaginas que sería de la especie si nos rindiéramos? Si aún quedasen en alguna parte de la galaxia sobrevivientes humanos, además de los de Quayos, claro está, es nuestro deber encontrarlos o al menos mantenernos abocados a su búsqueda. No descansaré mientras esté vivo, Rohn.

—Y la Colonia... ¿estará bien en nuestra ausencia?

—Así lo creo. Volveremos en veinte ciclos, como siempre, para revisar a la nueva generación.

—¿Cree que algún día encontraremos a un descendiente con las características necesarias como para intentar revertir el holocausto?

—Rohn, no es asunto de creer, es nuestra única opción lógica. La raza humana se puede considerar extinta si no revertimos su situación actual, debes considerar que tan sólo unos miles pueblan la Colonia en la actualidad y, cuando tienes cifras tan bajas, una especie puede ser diezmada fácilmente por un golpe del destino.

Pensativos y en silencio, un par de segundos más tarde, ambos desaparecieron tras un portal que se cerró tras ellos. La desolada, calurosa y polvorienta superficie quedó sola, al igual que la Colonia, cuyos habitantes continuaron con sus vidas en total ingenuidad histórica.

QUAYOS, COLONIA RESERVORIO
AÑO 8127 d.C.

Desde lo más alto de la Pirámide Ceremonial se dominaba todo el orgulloso valle de la Colonia. Las edificaciones, que habían crecido exponencialmente en los últimos años, se levantaban impertinentes y desiguales por encima del caserío habitacional. En cada atardecer, los magníficos obeliscos multiformes proyectaban largas y anguladas sombras que se hundían silentes en las concurridas avenidas principales. Y dado que no estaba permitido construir por encima de la cota

piramidal, ésta se alzaba majestuosa y única en el centro geométrico de la ciudad. La población, que había crecido proporcionalmente, ya se contaba en miles y sus áreas de cultivo se habían expandido al punto de necesitar la creación de los primeros acueductos.

Ranub, primogénito de la casa de Ayoular, miembro sucesivo de un extenso linaje de sacerdotes, se había educado y crecido en la fe, y como tal, siguiendo la férrea tradición familiar, se alistaba para comenzar el socialmente ansiado ingreso en el Templo, al final del ciclo quayano en curso. Sin embargo, Ranub, a pesar de ser el orgullo de su padre, no se encontraba del todo decidido a seguir una carrera religiosa.

Había leído, memorizado y comprendido a cabalidad cada uno de los miles de estatutos y creencias religiosas vigentes, mantenía el ayuno del día quince y aportaba sus pensamientos a la Pirámide Sagrada semanalmente. Además, era un activo escribiente de la doctrina, y ya se contaban en decenas los acopios de directrices religiosas que había logrado plasmar con suero de Veijar silvestre sobre las semiflexibles y exclusivas placas de Presir talladas por los afamados artesanos piramidales. No obstante, y a pesar de todo aquello, un creciente vacío espiritual llenaba ávido y mordaz el espacio que se había formado entre lo aprendido y lo racionalizado a lo largo de su formación religiosa.

Sí... contrariamente a lo que se esperaba de él, no estaba seguro. Su intelecto le impedía entregarse ciegamente a la doctrina inculcada, él sentía que debía aprender más, que debía explorar más, mucho más.

Regularmente, y a escondidas de sus pares, bajo el riesgo de ser severamente reprendido por algún sacerdote, Ranub solía escalar y alcanzar el vértice de la Pirámide Sagrada, justo al ocaso de casi todos los atardeceres. Ése, y no otro, era su momento preferido del día, justo cuando la malla solar³ comenzaba a ocultarse tras el horizonte. Corría un gran riesgo y lo sabía. En caso de ser descubierto, se haría acreedor inequívoco de la temida marca de <<exclusión de la fe>> y nadie, absolutamente nadie, podría ayudarlo a revertir tal estigma.

Sin embargo, era la misma fe la que circunstancialmente le ofrecía protección. Cualquier quayano, incluyéndolo a él, sabía que estaba prohibido mirar hacia la pirámide en las horas del atardecer, hora sagrada en la que, según profesaba la religión, el vértice desaparecía mientras ascendía hacia el rojo infinito del cielo para comulgar en privado con el creador. Esto acontecía a diario y era ése el momento exacto en el cual la pirámide literalmente elevaba todas las plegarias de la comunidad y, si los remitentes lo merecían, regresaba cargada de energía y aprovechables bendiciones. Todo esto terminaba de ocurrir justo cuando aquella última estrella de la malla solar desaparecía tras el horizonte. La fuerza de esta creencia era tal que constituía unos de los principales dogmas de la religión, por lo cual se consideraba un gran acto de fe el aceptarlo y un gran pecado el intentar confirmarlo con ojos propios.

Desde allí, Ranub, dominando la Colonia, el valle y a su intelecto, jugaba con el infinito alcance de sus conclusiones mientras meditaba en soledad, resquebrajando el pensamiento una y otra vez; sentía que era su lugar especial, su lugar de revelaciones y de epifanías. Con el transcurrir de los ciclos se transformó en un hábito difícil de evitar, y en varias ocasiones esta costumbre así adquirida lo llevó al borde del abismo social, estando muchas veces a punto de ser descubierto y sancionado.

Nunca estuvo tan cerca de ello como en aquella oportunidad en la cual el Ayudante Mayor, asesor directo del Sacerdote Piramidal principal, le sorprendió cuando regresaba de la cosecha de uverines. El religioso caminaba de prisa y muy cargado con la valiosa fruta, encargada personalmente por su eminencia, y obtenida de las lejanas y fértiles tierras del Este, cercanas al límite máximo de exploración permitido.

Fue entonces que, cegado por los tangenciales rayos de luz del avanzado atardecer, aquel pobre y malogrado sacerdote trastabilló al terminar de saltar una pequeña acequia de regadío, caída que lo llevó accidentalmente a posar su mirada en el sagrado y prohibido vértice piramidal. Cuál sería su estupor cuando, fruto de su pecaminoso y grave error, una figura humana sentada en el angosto reborde del inmaculado vértice le miraba con fijeza, sin emitir sonido ni realizar movimiento alguno en lo que, a su parecer, era una manifiesta actitud recriminatoria. <<¿Se trataría del Creador?>> se preguntó sin vacilar e inmediatamente, en medio de una gran agitación, lanzó indolente el otrora atesorado canasto cosechero y al tiempo que caía de rodillas, comenzó a proferir fervorosas e ininteligibles plegarias de arrepentimiento clamando perdón entre sonoros sollozos.

Ranub, al entender lo que ocurría, esbozó una silenciosa y reveladora sonrisa mientras su avanzado intelecto confirmaba para sí lo que a estas alturas ya constituía un axioma personal: <<Debe existir algo más allá de esta religión, de esta Colonia, de esta existencia>>.

No pasaron muchos días antes de que una fuerte e inamovible determinación naciera en él: debía abandonar la Colonia. Debía explorar las tierras prohibidas y averiguar qué secretos le deparaba el futuro, debía descubrir y ensamblar los verdaderos engranajes de la vida. Ya no podía conformarse con las limitadas interacciones que le ofrecían la Colonia y sus habitantes. Y, a pesar de ser considerado por sus pares y algunos de sus superiores como un precoz y erudito religioso — situación que le catapultaba por encima del promedio y lo perfilaba como futuro candidato a suceder al Sacerdote Piramidal—, él sentía que debía avanzar, expandir su conocimiento y madurar aquella sensación de que <<hay algo más allá de lo que se puede ver, leer y entender entre las manipuladas e incompletas sombras que proyectaban las normas que regían su sociedad>>.

Fue así que, sin mediar negociación alguna, sabiendo que viajar más allá del horizonte estaba prohibido, empacó lo imprescindible y a mitad de la noche se alejó furtivo y veloz de la Colonia, sin destino, sin un plan, tan sólo guiado por su intuición. Una fuerte presencia de autoconfianza y satisfacción invadía y embriagaba su espíritu. Su destino estaba sellado, su Norte sería hacia donde sus pasos se dirigieran y su pasado, el puerto desde donde sus recuerdos zarparían a voluntad para hacerle compañía en su jornada.

Caminó incansable entre desniveles y suaves colinas. Sobre él las estrellas; puras, brillantes y mudas iluminaban frías y generosas su pasado, allá abajo, en el valle. ¡Cuán lejana sentía ya a la Colonia! Y cuán poco se distinguían ya aquellos plateados haces luminosos que imbuían a la Pirámide Sagrada de un aspecto mágico y sobrenatural, como si fuera un diamante incrustado en medio del oscuro valle que la albergaba.

De seguro me darán por muerto, cuando descubran mi ausencia, pensaba en silencio, quizás le achaquen mi desaparición a los Trollares, no sería la primera vez que aquellos extraños y agresivos mamíferos carroñeros atacasen la Colonia durante la noche. Sentía algo de

remordimiento por los sentimientos de sus padres, sin embargo, estaba seguro que les resultaría más fácil de aceptar su desaparición que su negativa a convertirse en sacerdote, eso les destruiría y avergonzaría de por vida. Sí, hacía lo correcto, en cada análisis su confianza y su determinación se veían reforzadas.

Al amanecer de su tercer día, divisó un extenso y lejano río, decidido a reaprovisionarse se encaminó hacia él. Una vez alcanzado y obtenido el preciado líquido decidió descansar bajo las ramas de un grupo de arbustos que se erguían modestos y cercanos al río y, sin notarlo se quedó dormido: era su primer descanso en tres días y el agotamiento hizo lo suyo. No alcanzó a descansar lo necesario pues, al poco tiempo, fue abruptamente despertado por el gruñido cercano, <<demasiado cercano>>, del trollar alfa de la manada que lo acechaba. Ágil como era, se incorporó de un salto con el tiempo justo como para evitar el primer ataque. Era un grupo grande y se veían hambrientos. No le habían dejado espacio para escapar, le habían rodeado a conciencia mientras dormía. Su instinto le hizo pensar en las profundas y turbulentas aguas a sus espaldas <<sabía que no le seguirían si se lanzaba al río>>.

Se estiró lo que pudo en un intento por recuperar su morral; sin embargo, fue inútil, no se lo permitirían, a cada movimiento que él hacía el espacio entre aquellas feroces quijadas y su integridad disminuía. No pudo evitarlo, no había otra salida y, a pesar del recelo, saltó a las aguas donde fue brutalmente sustraído de inmediato. Fue arrastrado río abajo; una y otra vez la corriente le hundió y le sacó a flote, hasta que por fin, luego de interminables momentos, la turbulencia disminuyó y el río desembocó en un ancho y tranquilo espejo acuífero. Ranub no tardó mucho en intuir lo que ocurriría a continuación.

Unos segundos más tarde caía por una gigantesca cascada que terminaba allá abajo en unas desafiantes y mortales rocas. No albergaba duda alguna, ése sería su fin y estaba de alguna manera, dispuesto a asumirlo y a enfrentarlo. No importaba si no había logrado su cometido, lo único que importaba es que moriría habiéndolo intentado, luchando por sus creencias y no siguiendo las de los demás. Había tenido el valor de diferenciarse, de ser el único miembro de la Colonia del que se tuviese registro que la abandonó en busca de la verdad, en busca de aquella piedra filosofal que develaría los secretos de la misma existencia y que estaba seguro habría encontrado de no haber sido interrumpido por su ahora evidentemente funesto y cercano destino.

Cerró sus ojos e impactó violentamente contra las rocas. No sintió dolor, tampoco perdió la conciencia, pasaron un par de segundos más y se encontró rebotando entre las ramas de un árbol mientras terminaba de caer sobre un mullido y pantanoso terreno cercano. Abrió sus ojos y lo primero que vio fueron dos figuras humanas, de pie, cerca de donde había aterrizado. Se trataba del Aenergitus y de Rohn, quienes le contemplaban asombrados, tanto como él a ellos.

—¡Vaya, cómo si no fuera suficiente tarea mantenerlos a salvo en la Colonia, ahora he de rescatarlos de mortales accidentes en las afueras! ¿Qué haces tan lejos de la Colonia, muchacho? —preguntó molesto el Aenergitus, mientras terminaba de cerrar el pequeño portal que lo había transportado desde las puertas de la muerte a aquel seguro y suave terreno aledaño.

—Me he marchado, la he abandonado —contestó un poco contrariado mientras intentaba incorporarse tan sólo para terminar sentándose nuevamente en el mismo lugar. Se encontraba

confundido, aquel hombre vestía una túnica gris similar a la de los sacerdotes de la Colonia, sin embargo, no lo conocía, y por la edad que representaba debía ser mayor que el mismísimo Sacerdote Piramidal. Además... ¿cómo había llegado hasta allí? Lo último que recordaba era que estaba a punto de ser parte del fondo del río, destrozado por las rocas que le recibirían al final de la caída de agua. Hizo acopio de cordura y preguntó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Estoy... muerto?

—Demasiadas preguntas y poco agradecimiento es lo que yo veo. Has de volver a la Colonia, este no es un lugar seguro para andar solo y sin más resguardos que tu buena fortuna.

—¡No, a la Colonia no!

—¿Por qué no? —preguntó Rohn quién hasta ahora se había mantenido de pie estático y a unos metros, sólo observando en silencio como aquel joven colono había sido salvado gracias al portal creado por el Aenergitus.

—Es difícil de explicar, no tengo una razón, es sólo que...

El Aenergitus se impacientó, descruzó sus brazos, giró y comenzó a alejarse mientras decía:

—Vuelve a la Colonia, joven quayano. Aquí afuera no hay nada para ti —y mientras giraba su cabeza añadió—: Vamos Rohn, tenemos mucho que hacer, ya estamos retrasados.

—Sí, Aenergitus, como usted diga, tan sólo una cosa más...

El Aenergitus se detuvo en el acto, llevaba muchos ciclos con Rohn como para ignorar aquel <<tono>> de voz al pronunciar lo dicho, tono que supo interpretar de inmediato. Se giró muy lentamente y se quedó expectante mientras observaba a Rohn extendiendo su mano hacia el desconcertado joven.

—Tómalo, quayano, tan sólo debes sostenerlo entre tus manos unos instantes. No temas, no te hará daño alguno.

Ranub pudo observar y leer cómo el momento adquiriría creciente solemnidad, una sensación similar a las vividas en el vértice piramidal se apoderó de él y sin pensarlo más, cogió entre sus manos el pequeño y extraño objeto, que aquel aún más extraño personaje le estaba ofreciendo. No hizo más que contactar con su piel y el objeto comenzó a brillar, era una luz suave y penetrante, una luz que se reflejaba en sus ojos y en los de Rohn, una luz que iluminó y extasió la imaginación de Ranub y el alma del Aenergitus, quien bajó exhausto una rodilla al suelo mientras contemplaba aquel brillo que para él significaba la liberación, el renacimiento y la muerte.

Al parecer y a pesar de todo, el Creador se había apiadado de la raza humana, una posibilidad cierta de redención se le estaba ofreciendo, después de todos estos ciclos, después de todo el sufrimiento, la soledad y el esfuerzo, aquella luz confirmaba que el resultado esperado aún era posible, aún era viable. El Aenergitus se acercó, recuperó suavemente el objeto que permaneció brillando en su mano y se lo entregó a Rohn, en manos de quién el brillo se interrumpió bruscamente.

—Acompáñanos, quayano. Nuestra base no está lejos, hay mucho de que charlar...

En silencio caminaron uno detrás del otro, cada uno absorto en sus propias cavilaciones. Ranub aún se encontraba en un estado de nulidad conclusiva. Había esquivado a la muerte y, como si esto fuese poco relevante, había además conocido a los primeros extranjeros de la historia de la

Colonia. Les seguía silente en un estado meditativo mientras el brillo de aquel pequeño objeto se resistía a abandonar sus retinas. Recordó entonces sus motivaciones y concluyó que aquellos extranjeros serían, sin duda alguna, parte importante de su proceso de crecimiento. ¿Y si la respuesta no se encontraba tan lejana después de todo? Además, quién aparentemente le había salvado la vida no sólo le resultaba curioso por su aspecto, podía sentir también una extraña conexión con él. Pronto tendría la oportunidad de averiguar qué era esa sensación que le invadió desde el primer momento del contacto, estaba seguro que no sólo era asombro, había algo más... su intuición se lo decía a gritos, pero su intelecto aún no lo procesaba.

Finalmente, tras algunos minutos de caminata a campo través, llegaron a un área abierta cercana a un risco y flanqueada por una pared de granito que se elevaba hacia el cielo perdiéndose entre las nubes. Impresionante pared en cuya base, y tras un comando ejecutado por Rohn, un área circular se hundió al tiempo que se desplazaba hacia un costado, dando paso libre al corazón de la montaña. El Aenergitus le invitó a pasar y una vez adentro con un suave ademán a sentarse.

Ranub miraba asombrado hacia todos lados, nunca había visto nada parecido, el piso era extremadamente liso y se sentía suave al caminar, además junto con emitir calor parecía brillar con luz propia, ayudando tanto en la climatización como en la iluminación del lugar. Grandes áreas de suelo oscuro ostentaban flotando sobre ellas extrañas esferas gigantescas en las que se dibujaban lo que parecían ser estrellas. La última de ellas, al final del gran salón, era una representación de la Pirámide Sagrada, de <<su pirámide>>. No pudo evitarlo, se acercó muy lentamente y estiró suavemente su mano. Al contactar con aquel reflejo, la imagen se agrandó de manera instantánea al doble de su tamaño original, pudiendo verse ahora sus más ínfimos detalles con extrema claridad. Quedó perplejo, y más aún cuando vio caminando por uno de sus costados a algunos campesinos con su carga del tan arduamente recolectado forraje.

Fue entonces que se le ocurrió que aquel reflejo no era una representación artística, sino más bien una <<imagen>> de lo que ocurría realmente en la Colonia, no lograba comprender cómo esto era posible dado la incongruencia entre su ubicación actual y la de la Colonia. Una nueva ola de confusión le azotó con fuerza. Entre titubeos mentales su mirada se ancló estática en el rostro del Aenergitus. De inmediato sintió una gran paz interior que comenzó a emanar desde él. Pudo sentir como aquel anciano de largos y blanquecinos cabellos le devolvía la mirada y algo más. No supo identificar qué era con exactitud en ese momento, pero más tarde, al recordarlo, pensaría en aquella sensación como en una transmisión de energía. Sí... pudo sentir su superioridad, su valor y fuerza interior. Estaba seguro de que se trataba de un ser cuya voluntad no menguaba frente la adversidad.

Tras una pausa que pareció infinita, los tres se sentaron en círculo y, lejos de quebrar el silencio, se siguieron estudiando estáticos el uno al otro.

El Aenergitus pudo sentir cómo Ranub absorbía su energía y, más asombroso aún, cómo también emanaba la propia con gran fuerza. Sin duda, era el mejor candidato jamás descubierto hasta ahora. El esquivo destino se había, finalmente, manifestado y lo había hecho de la más bizarra manera imaginable. De no haber sido un ser entrenado, de seguro habría temblado al reconocer lo cerca que aquel joven quayano había estado de la muerte y, junto a él, la humanidad. Pero el destino le había hablado, éste era el momento que había estado esperando. Aquel joven representaba la

esperanza, la oportunidad de vencer a pesar de la derrota y había emergido desde los intrincados laberintos del espacio-tiempo que por fin parecían haberse sincronizado y permitido la aparición espontánea de un ser con el poder mental suficiente como para acompañarlo en su noble lucha.

—Bien, muchacho, ahora que ya estamos aquí, me preguntaba quién eres y qué hacías tan alejado de la protección de la Colonia.

—Me llamo Ranub, provengo, como usted muy bien ha mencionado, de la Colonia. Soy representante de la casa de Ayoular, sacerdote insigne del Templo Piramidal.

—Ah... Ayoular, sí, le conozco bien, y a tu abuelo y al padre de éste... tu partida ha de haber causado una gran conmoción. Ya tienes edad como para ingresar al templo, ¿ha sido ése el motivo de tu huida?

—No ha sido una huida, señor, más bien una búsqueda.

—¿Y qué esperabas encontrar aquí afuera?

—Lo que la Colonia ya no me podía enseñar, señor. Verá usted, desde hace ya varios ciclos que una inquietud ha ido creciendo con gran fuerza en mi interior. La Religión que se me ha inculcado junto al resto de la Colonia es, a mi juicio, limitada y atrofiante. Ni el espíritu ni el intelecto pueden crecer en medio de un centenar de normas y costumbres deficientes. Leyes supuestamente sagradas y que, más que apuntar al crecimiento personal, parecen tener un trasfondo organizativo y de control.

—¡Me impresionas, Ranub! Es ése el fin último de todo líder de comunidad: garantizar la paz y el progreso de sus súbditos. Y en ausencia de una fuerza física o atemorizante que mantenga el orden, ¿qué mejor que una religión? Es decir, ¿quién en su sano juicio desobedecería las normas y se enfrentaría a sus propios dioses? Además de ti, por supuesto —mientras esbozaba una sonrisa más parecida a la de un padre orgulloso que a la del estricto líder que en realidad era.

—A qué se refiere... ¿Aenergitus? Disculpe, ¿es ése su nombre?

—Oh, lo siento Ranub. Sí, estás en lo correcto, Aenergitus es uno de mis nombres, en realidad es un rango, pero eso ya lo averiguarás por ti mismo más adelante, por ahora, si no te molesta, preferiría que me llamasen Thomas, sí, simplemente Thomas...

—Thomas, ¿por qué ha dicho usted que nadie desafiaría a sus dioses, excepto yo? —insistió Ranub, quien no se dejaba confundir fácilmente.

—Porque eres especial, Ranub, diferente a todos los demás seres de tu Colonia. De hecho, eres diferente a todos los que han nacido en ella en los últimos mil ciclos.

—¿Diferente en cuales aspectos, Thomas?

—¡En todos ellos, Ranub! Junto a Rohn te hemos estado esperando desde el verdadero nacimiento de tu pueblo. Eres único, estadísticamente improbable, y ahora que estás aquí, nuestra misión recién comienza.

—¿Cómo ha podido usted estar presente en el nacimiento de mi pueblo hace más de mil ciclos y seguir con vida?

—Ranub... una cosa a la vez, tus conocimientos actuales, filosofía de vida, creencias y costumbres te esclavizan dentro de un espacio con una muy limitada capacidad de expansión como para entender las respuestas a esas preguntas. Sin embargo, tus ansias por aprender, por crecer y

entender junto a tu valor y evolucionado intelecto te permitirán alcanzar el grado de conocimiento esperado si confías en mí —dijo mientras le hacía un gesto a Rohn, quién le volvió a entregar aquel objeto de hace un rato—. ¿Sabes por qué brilla cuando lo sostienes, Ranub? Es porque interactúas con él, este objeto interactúa contigo y es capaz de leer tu esencia, tu diagrama original, el que te hace ser lo que eres. Además, si realmente eres quien creo que eres, te permitirá expresar tu poder con una fuerza inimaginable para un humano corriente.

Ranub cogió nuevamente el objeto y mientras lo sostenía en su palma este comenzó a brillar y se transformó lentamente en una pequeña pirámide. ¡Se levantó sobresaltado! Su mente rápidamente evocó a la Colonia, a su religión, a los sacerdotes y a la Pirámide Sagrada. Miró a Thomas con ojos inquisitorios. ¿Sería aquel anciano el Creador? ¿Acaso los sacerdotes de la Colonia estarían en lo correcto y su religión no sería un fraude después de todo? Tras meditarlo por unos breves momentos, recordó a aquel sacerdote de bajo rango lloriqueando en el suelo, con un susto de muerte cuando creyó haber cometido el más terrible de los pecados: mirar hacia la pirámide durante el atardecer. No, no caería en ese error, debía abrir su mente, después de todo era para lo que había venido. Se sentó nuevamente y ante el asombro de Thomas, preguntó muy calmadamente:

—Esto le perteneció a usted y ahora me lo enseña para que lo conserve o lo utilice de alguna manera. ¿No es así?

—Así es Ranub, ese dispositivo que tienes en tu mano tiene un poder muy especial, el poder de contar historias. Precisamente, el que sostienes en este momento contiene la historia de una raza que de alguna manera manipuló energías que no estaba preparada para controlar. Energías que al final causaron, a pesar del aparente y transitorio triunfo, un holocausto que la eliminó por completo o al menos casi por completo de la faz de la galaxia en la que habitaba.

Ranub le escuchaba atentamente al tiempo que su imaginación se saturaba.

—Si decides <<leer>> la historia, su energía se integrará a tu subconsciente y serás capaz de entender el universo tal y como los seres de aquella historia lo entendían en su momento. Al final de la experiencia, sabrás lo mismo que sabemos Rohn y yo acerca del pasado y de las extraordinarias circunstancias que nos han llevado al presente. Ya ninguna pregunta quedará pendiente, te puedo garantizar que todas y cada una de tus dudas serán resueltas. Sin embargo, debo advertirte que no habrá vuelta atrás, si te expones a la historia y logras la conexión, te será imposible reintegrarte con éxito a la Colonia.

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó angustiado mientras el recuerdo de su familia cruzó su conciencia.

—Debido a que sabrás lo que nadie debiera saber. Entenderás además tus orígenes de una manera en la que nadie debiera entenderlos. Otros quayanos antes que tú lo han intentado, pero tú, Ranub, eres el primero que ha llegado tan lejos, ninguno antes consiguió asimilar estos conceptos ni hacer brillar la pirámide.

—Está bien, Thomas... ¡Lo haré! Después de todo y, al parecer, nos esperábamos mutuamente. ¿Qué debo hacer para activarlo?

—Es simple, Ranub —comentó Rohn mientras ajustaba la pequeña pirámide al genoma de éste—. Tan sólo recuéstese y ponga en contacto la pirámide con su frente, relájese e intente dejarse llevar por lo que vea.

—¿Eso es todo?

—¡Eso es todo!

Ranub se recostó indeciso y, a pesar de sus dudas y reticencia, la mano que sostenía la pirámide se movió hacia su frente como impulsada por toda la energía del universo. Una vez que hizo contacto, el pequeño artefacto emitió un destello al tiempo que Ranub caía en un especie de trance, cerró sus ojos y se quedó inmóvil.

—Buena suerte, Ranub —murmuró Thomas, consciente que en realidad la deseaba para la humanidad toda, pero Ranub no le escuchó, se encontraba más allá de sus sentidos, absorto en una realidad paralela que comenzaba a tomar forma y sentido en su mente. Las conciencias de Thomas y Rohn se quedaron nuevamente silentes y solas en aquel planeta perdido en el tiempo y sus esperanzas ahora eran sostenidas sólo por la renovada y reciente semilla sembrada en aquel fértil candidato.

—Ya está hecho. ¿Qué cree, Aenergitus? ¿Tendremos éxito con él?

—Oh sí, Rohn, pude sentirlo, es muy probable que pueda completar el proceso de sincronización adecuadamente, su fuerza interior e intelecto son poderosos, quizás aún más poderosos de los que incluso yo esgrimía a su edad. Lo hemos encontrado, Rohn, o él nos ha encontrado a nosotros. Cuánta razón había en el contenido de aquella intemporal frase del pasado: <<La Humanidad se levantará o caerá por su propia mano>>. Espero que nuestro esfuerzo haya valido la pena, Rohn. En estos momentos, su mente ha de estar absorbiendo los detalles de la base científica en Quayos, el mismo día en que todo comenzó, no muy lejos de aquí en realidad, pero hace ya casi un milenio atrás en el tiempo. ¿Estás seguro de que cargaste todos los datos necesarios en la pirámide?

—Me he tomado la libertad de ir más lejos en ésta oportunidad, Aenergitus.

—¿Más lejos? ¿A qué te refieres?

—He cargado la pirámide con una copia fiel y completa de todos los hechos vistos desde su perspectiva, he hecho un duplicado completo de su memoria.

—¿Una copia total de mis recuerdos, Rohn? ¿Qué tan completa?

—Es idéntica a la que usted posee, Aenergitus.

—¿Acaso eso no lo hará ver la situación desde el mismo punto de vista que la viví yo?

—Así es, Aenergitus. Él verá, sentirá y posteriormente recordará exactamente lo mismo que usted vio, sintió y que ahora recuerda...